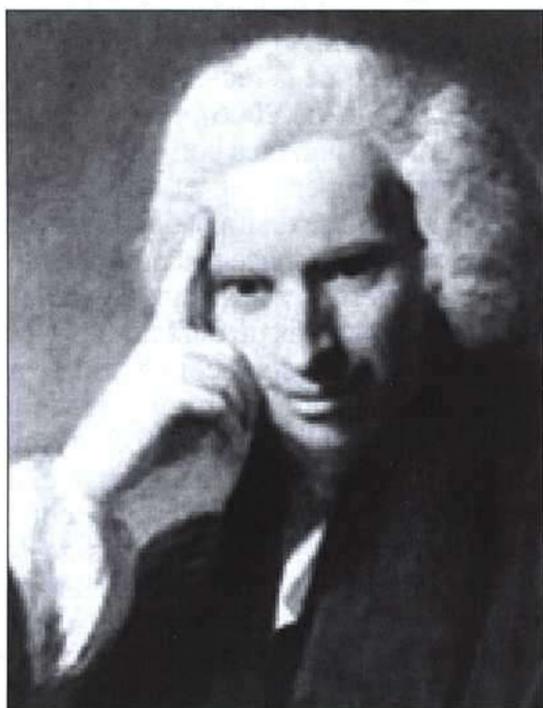


La biblioteca de Mr. Shandy

Emilio Pascual*

VIDA Y OPINIONES DEL CABALLERO TRISTRAM SHANDY

PRIMERA EDICIÓN: 1759-1767



LAURENCE STERNE
(1713-1768)

Walter Shandy quizá nunca previó que su fama se debería a la pluma de su hijo Tristram. De lo contrario tal vez habría puesto más entusiasmo en el momento de su concepción, aunque es cierto que solo en parte su vida metódica tuvo la culpa de que, en el momento de la concentración suprema, su mujer le preguntase:

«—Querido, ¿has dado cuerda al reloj?»

—¡Por Dios! —exclamó Mr. Shandy—. ¿Es posible que desde que el mundo es mundo haya habido mujer alguna que interrumpa a un hombre con tan estúpida pregunta?».

El señor Shandy era un hombre «inclinado a observarlo todo con una luz muy diferente a la del resto de la humanidad [...] Veía las cosas a su modo. Las pesaba con su propia balanza». En cualquier caso, el cristal con que se mira le hacía verlo todo «de modo diferente al resto de los mortales». Y «como todos los filósofos», tenía una inclinación inevitable a «razonar sobre cuanto sucedía». «Se perecía por las sutilezas». Su *hecho diferencial* se revelaba en su conversación, en sus silogismos, en su biblioteca.

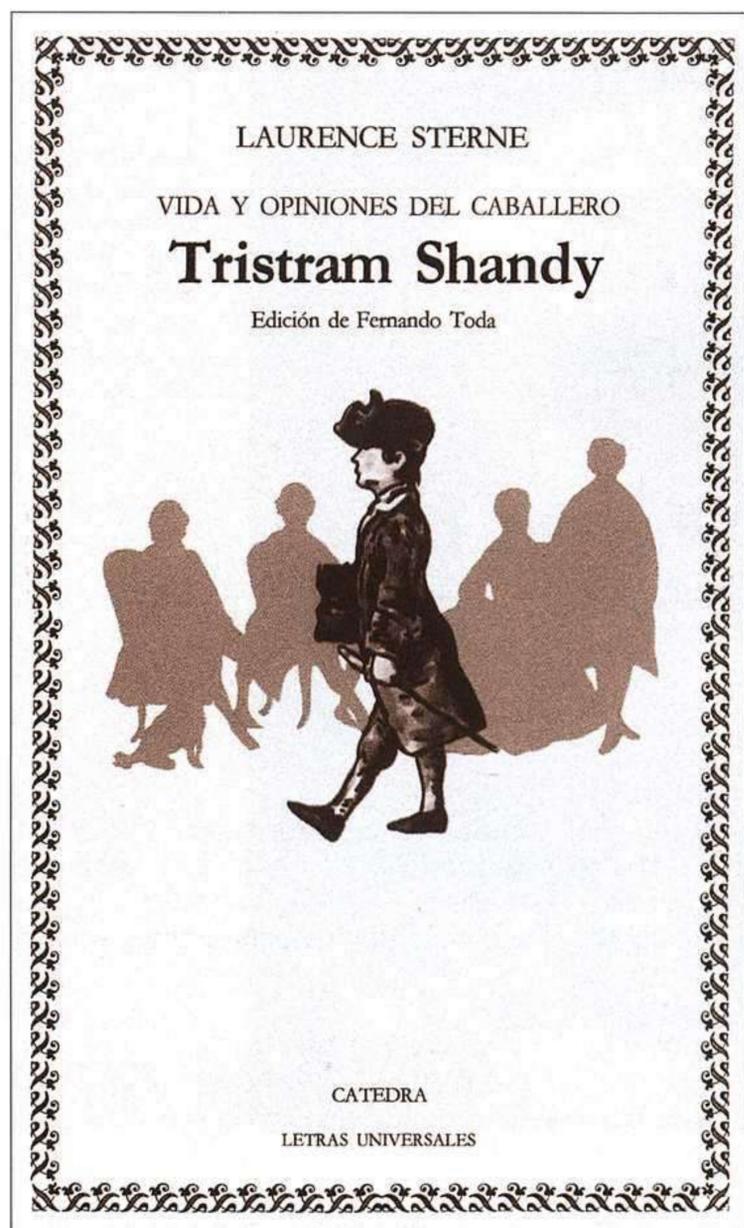
La biblioteca de Mr. Shandy era una biblioteca especializada. «No se puede decir que la colección de libros de mi padre fuese muy grande», dice el cro-

nista de esta historia, hijo y comentarista al mismo tiempo. «En compensación —añade— resultaba bastante curiosa y, eso sí, le llevó mucho tiempo reunirlos».

Una de las bibliotecas más especializadas

«Leía toda clase de libros», preferentemente los raros, y no tanto por su rareza bibliográfica cuanto por la de su contenido, asunto o pensamiento. Hubo un momento en que las vicisitudes del nacimiento de su hijo lo inclinaron hacia la tocología y la obstetricia, y puede asegurarse sin gran riesgo que lo supo todo sobre la operación cesárea. Había llegado incluso «a reunir un buen número de conocimientos» sobre los *remedia Amoris*, enfermedad a la que fue prácticamente inmune a pesar de haber engendrado dos hijos. Esa rareza había ocasionado la de su pensamiento, que lo hacía especialmente vulnerable «a las más extrañas y caprichosas depresiones». Pero la impredecible «versatilidad de sus rarezas» hacía que no fuese fácil adivinar su reacción ante determinados casos de su existencia.

Uno de ellos fue el dificultoso nacimiento de su hijo y la preocupación que veía por el futuro de sus narices, dadas las contrariedades naturales con que se presentaba el alumbramiento. La escasa bibliografía sobre el trascendental tema



En la completa y especializada biblioteca de Mr. Shandy figuraba *Coloquios de Erasmo*.

de las narices grandes no le arredró, y puede decirse que su biblioteca contenía cuanto se había escrito sobre tan espinoso asunto.

«Tuvo la inmensa suerte —escribe Shandy hijo— de inaugurarla con el prólogo de Bruscombille sobre las narices largas, que consiguió casi regalado, ya que sólo le costó tres medias coronas, y eso seguramente porque el librero de viejo se dio cuenta del evidente interés y avidez de mi padre por el libro». (Cosa que no advirtió aquel muchacho del Alcañá de Toledo que, por medio real, le vendió a un ex soldado manco los cartapacios con la historia de don Quijote; «que, si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba —escribe el manco—, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra»). Cuando vio las *Fantasies* o *Pensées facetieuses* de Bruscombille, Mr. Shandy no pensó en el noveno

capítulo del *Quijote*. Fuera o no verdad que «no hay más que tres Bruscombilles en todo el mundo», como pretendía el librero de Picadilly, lo cierto es que Mr. Shandy soltó la pasta «con la rapidez del relámpago, cogió su Bruscombille, lo apretó contra su pecho, y salió disparado como quien huye con un tesoro, sin soltarlo de la mano en todo el camino».

Fue el principio de una de las bibliotecas más especializadas de la historia. Pronto sumó los *Coloquios* de Erasmo, donde se halla el «célebre diálogo entre Pamphagus y Cocles, que trataba de las numerosas aplicaciones y oportuno empleo de las narices largas». ¹ No se detuvo ahí. «Consiguió obras de Prignitz ² y compró libros de Scroderus, Andrea Paraeus, *Las conferencias nocturnas* de Bouchet y, sobre todo, la obra del gran erudito Hafen Slawkenbergius, de quien hay tanto que decir». No consta que co-

nociera el narigudo soneto de Quevedo, el cual le hubiera colmado las medidas. ³ En todo caso a su hijo Tristram le aturdiría pararse a pensar «en el preciado tesoro de tiempo y de talento que se ha derrochado en cuestiones menos importantes y la de millones de libros en todos los idiomas, estilos y encuadernaciones que se han editado acerca de temas que no han contribuido ni la mitad a reforzar la paz y la unidad del mundo».

No sólo los leyó, sino que dedicó sus trabajos y sus días a una laboriosa traducción del latín de Slawkenbergius. Era su libro de cabecera. «A cualquier hora, Slawkenbergius siempre ofrecía distracción y solaz. Siempre estaba al alcance de su mano, como si fuera un libro de cánones o de oraciones. Así estaba de sobado y manoseado, contrito y atrito, con señales de dedos por doquier». (Imagino que sólo el ejemplar del *Ro-*

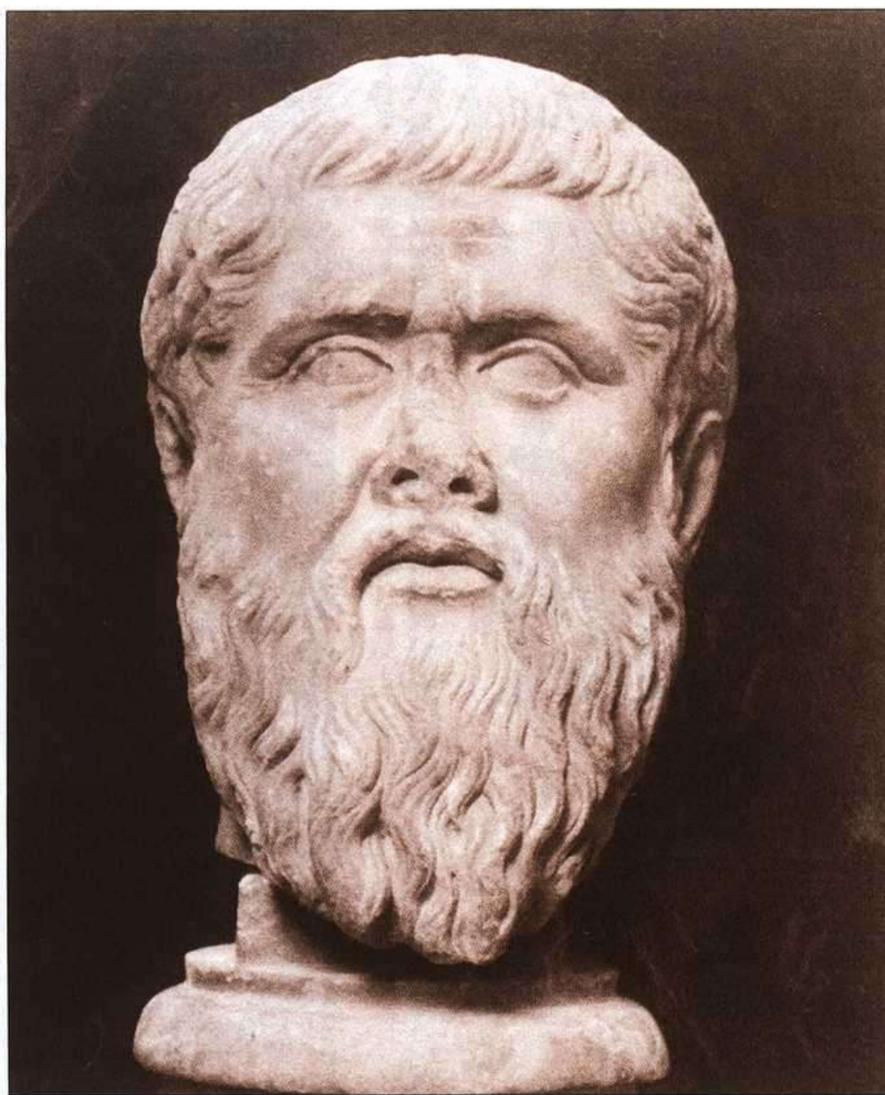
binson de Betteredge lo habría de superar en devoción y uso). De tal libro opinaba que «si todas las artes y las letras junto con los libros que de ellas trataran llegaran a desaparecer, perdiéndose de repente las ideas políticas y las máximas de los gobernantes, ⁴ así como lo que los estadistas escribieron o inspiraron sobre lo que en cortes y reinos débiles o poderosos se escribiera; aunque solo quedara Slawkenbergius, el mundo podría volver a andar. ¿Era o no un tesoro?».

Tuvo hijos, plantó un árbol y escribió un libro

Mr. Shandy era filósofo, dijimos. Había leído el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke y no desconocía a Malebranche. Dos siglos después Borges recordaría que «Locke, en el siglo XVII, postuló (y reprobó) un idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio». Dos siglos antes Walter Shandy ya había advertido que «con razón escribió Locke un capítulo sobre la imperfección de las palabras».

Había leído a Platón, lo que le había permitido elaborar la teoría de los dos amores: uno *racional*, sin madre conocida, y otro *natural* (o venusino), «concebido por Júpiter y Dione». ⁵ «El primero —razonaba— es como una cadena de oro tendida desde el cielo: excita el heroísmo amoroso y mueve los deseos de filosofar y de buscar la verdad; el segundo, simplemente excita el deseo». También había leído a Luciano, a Scarron, y desde luego a Rabelais y el *Quijote*, libros provocadores de la risa; este último se hallaba entre sus preferidos, y tengo la sospecha de que al menos *Don Belianís de Grecia* pudo viajar de matute en el equipaje del hidalgo.

No sólo había leído muchos libros: también escribió al menos uno, con lo que había cumplido el tríptico ideal, pues viviendo en el campo es harto improbable que no hubiera plantado un árbol. Su libro se tituló *Vida de Sócrates*, y cuenta su hijo «que nadie se había lanzado con tanto velamen a las letras y con tan procelosa marea de heroica sublimidad como mi padre en esta ocasión. No



Mr. Shandy era filósofo. Había leído a Locke y también a Platón, lo que le había permitido elaborar la teoría de los dos amores: uno racional y otro natural.

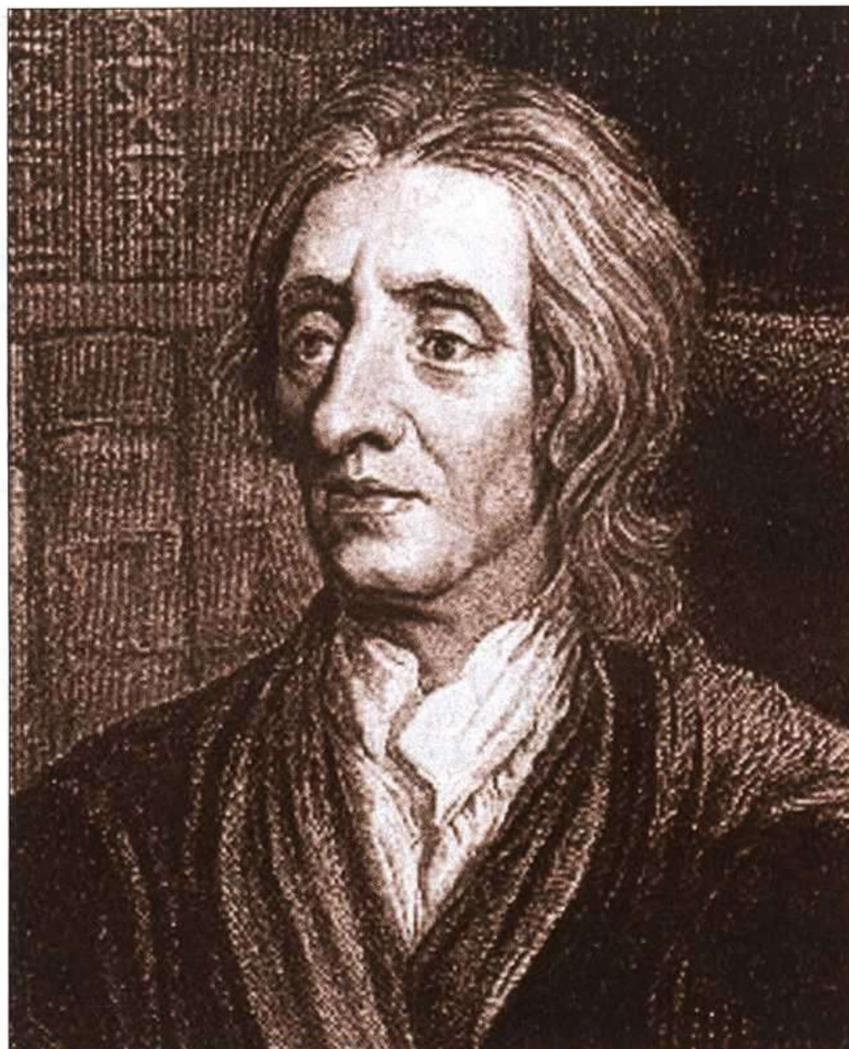
hubo frase de la oración de Sócrates que concluyera con una palabra más corta que *transmigración* o *aniquilamiento*, ni pensamiento en ella inferior al de *ser o no ser*. No hemos conseguido ver el libro encuadernado. ⁶ Bien es cierto que su hijo nos adelantó dos versos de reprobación sobre el ojo, aunque parecen más bien una defensa contra la pasión amorosa que, «según se desprende de muchos de sus escritos», padeció con alguna intensidad antes de casarse.

Era un «orador nato», un «empedernido discutidor», y famosas sus divagaciones. «La elocuencia era sin duda la causa de su fortaleza y también su mayor debilidad». Leyendo la autobiografía de su hijo, que en algún momento denominé «elogio de la digresión», nos asalta la sospecha de que el hijo pudiera haber heredado acrecentadas las habilidades del padre. En un momento se pregunta, no sé si por retórica o por mera socarronería, si «no es bochornoso escribir dos capítulos so-

bre lo que pasó durante la bajada de un par de escalones».

Walter Shandy, «que era algo tísico», sufría accesos de tos; no bebía más que agua y creía en el influjo de los astros; odiaba a los monjes, incluso su olor, y elaboró una inusitada teoría sobre los nombres propios. «Era un hombre de mucha lectura y memoria feliz, que siempre tenía en la punta de la lengua a Epicteto, a Séneca y a Catón». En algún momento consultó un mapa de Sanson ⁷ y una *Guía de los caminos de posta*. Una sátira del viejo Horacio decía que *tanti quantum habeas sis* (1,1,63), y Mr. Shandy la había traducido como *tantum valet, quantum sonat*. (¿Suena eso de *la bolsa sona*?) Al fin y al cabo, entre «ser y no ser» y «tener y no tener» no hay más diferencia que la que va de Hamlet a Harry Morgan, o de Laurence Olivier a Humphrey Bogart.

En el *Barry Lindon*, de Kubrick, hay una voz en *off* —triste, solitaria y final—, que recuerda: «Todos estos personajes vivieron y lucharon durante el



Malebranche (izquierda) y Locke.

reinado de Jorge III; buenos o mezquinos, hermosos o feos, ricos o pobres, ahora todos son iguales». También Mr. Shandy ya es igual. Ella, la Pálida, es la gran igualadora. No vamos a llorar, él no lo hubiera hecho. Concluyamos con las palabras de consuelo que pronunció ante la muerte de su hijo Bobby: «Los tracios lloraban cuando les nacía un hijo y celebraban fiestas cuando alguien se iba de este mundo. No les faltaba razón. La muerte abre las puertas de la fama y cierra tras de sí las de la envidia; suelta las cadenas del cautivo y entrega a otras manos la tarea que tenía que hacer el esclavo». Al fin, como casi todo en este mundo, es una cuestión de puertas y cadenas, que puede reducirse a un aforismo vulgar: «Si puertas, para qué abiertas; si abiertas, para qué puertas». *Nec invidia nec fama*, ignoramos por qué puerta salió. Salió «de este cochino y vil planeta», que no parece sino que lo hicieron con «los desperdicios y retazos de todos los demás». Tal había sido la percep-

ción de Mr. Shandy sobre la construcción y los materiales de este mundo. ■

***Emilio Pascual** es escritor y editor.

Notas

1. Se refiere al *De captandis sacerdotiis*, en el que se halla una disertación sobre la utilidad de las narices, nada inferior a la de la utilidad de los libros propuesta por Mark Twain.

2. Prignitz afirmaba que «la calidad de la nariz es directamente proporcional a la imaginación de su poseedor», teoría que fue rebatida por Scroderus, «puesto que no es la imaginación la que determina la nariz, sino ésta la que condiciona la imaginación».

3. Cosa por lo demás, hartamente improbable, pues sabemos que «si algo se escribió sobre el tema no cabe duda de que acabó fatalmente» en su biblioteca, dado el irreprimible hábito de «procurarse directamente todos los libros y tratados sobre el tema de las narices» que hallarse pudieran. No otra cosa hizo el hidalgo manchego, cuando «vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos», que, en el caso más conservador, constaba de «cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños», en lo que se diferenciaba de los reunidos por Mr. Shandy, que

podían caber «en una mesa más bien pequeña». Esta tendencia bibliográfica a agotar un asunto sin duda encerraba algún componente genético, pues su hermano Toby, militar y experto en fortificaciones, había leído «prácticamente tantos libros de arquitectura militar como los que don Quijote leyera de caballerías».

4. La verdad es que esta pérdida no turbaría mucho la marcha de la humanidad y detendría algún tanto la corrupción de la lengua. (Y alguna otra, «cuyo nombre se sabe, aunque se calla, / y que, según yo pienso, / para los dioses no es muy buen incienso»).

5. Aunque no falta traducción en que a Dione me la han convertido en Diana.

6. Una nota del hijo narrador asegura que su padre «jamás consintió en publicar ese libro. El manuscrito se conserva en la familia junto con otros opúsculos suyos, y todo, o casi todo, se publicará a su debido tiempo». También se nos da noticia de otro libro en el que estuvo trabajando no menos de tres años: se trata de la *Tristrampedia*, que pretendía ser una nueva versión de la *Ciropedia* de Jenofonte. Pero, como tratado de la educación para su hijo, iba tan lento que sus teorías siempre llegaban tarde, pues el hijo crecía más deprisa que el libro.

7. El cartógrafo y geógrafo francés Nicholas Sanson (1600-1667) a los dieciocho años había compuesto ya su famoso *Mapa de las Galias*, y llegó a ser profesor de Luis XIII y de Luis XIV.